



FRANCISCO ANTAR MARTÍNEZ GUZMÁN

Vivir para leer y viceversa: la lectura como actitud social

I

Mucho se ha dicho y escrito ya sobre el tema de la lectura. Libros, artículos de investigación, congresos, planes institucionales, programas de promoción, opiniones expertas y eruditas, discursos, seminarios y simposios han cabido en un vertiginoso programa social que, articulado o no, apunta a reiterar la importancia de esta actividad para el ser humano moderno.

Para asombro nuestro, pocas áreas de interés público y académico gozan de una condición de cierta claridad y consenso como los tópicos relacionados con la lectura; en general, parece haber una idea más o menos aceptada sobre lo deseable, sobre el rumbo y los burdos contornos de la figura que pretendemos dibujar. A diferencia de otras áreas de estudio académico y promoción social, encontramos en ésta, si no con extremada frecuencia, algunas afortunadas coincidencias:

1. En primer lugar, se asume casi por unanimidad que leer es bueno. Está asociado con el bienestar individual y el desarrollo colectivo. Una persona que lee, estimula sus capacidades cognitivas, enriquece su mirada y amplía su conocimiento; escala con mayor facilidad los peldaños de la superación social. Una nación que lee suele ser una nación con altos indicadores educativos, culturales y tecnológicos; gana más premios Nobel, demuestra cierta madurez política. Leer es mejor que no leer, cuando lo que se busca es progreso, evolución.
2. Leer es a un tiempo un placer y una herramienta. La lectura es un medio poderoso de crecimiento intelectual, académico y acceso a la cultura, pero también un fin en sí mismo, una fuente de gozo y satisfacción emocional, una actividad lúdica que excede las fronteras institucionales y se sumerge en los terrenos íntimos.

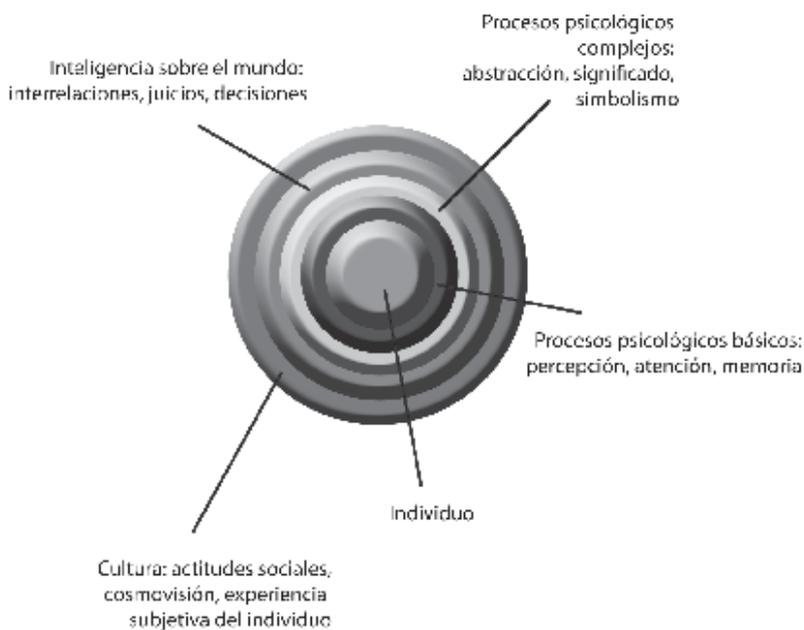
3. Leer no es la panacea. No todo el que lee se vuelve necesariamente una mejor persona —en el amplio sentido de la palabra—, ni cada nación de lectores es un paraíso; de igual manera, la no-lectura no es una garantía de ignorancia y subdesarrollo. Debemos «conceder el justo valor a todos los elementos de la cultura y de los bienes del espíritu que no están hechos exclusivamente de la letra impresa» (Argüelles, 2004). Así, se anula la concepción de que los lectores son una minoría superior que juzga, menosprecia e inclusive discrimina a una mayoría de no-lectores y los ubican en un terreno desierto, ignorante, condenable. Se trata de suprimir el discurso bienintencionado pero dogmático y autoritario que se cuela entre las concepciones de lectura.

Entre otras, estas tres afirmaciones han sido más o menos aceptadas y cuentan además con una copiosa evidencia. Quizá con excepción de la última, los primeros dos argumentos se dan por hecho y asumen la función de paradigmas implícitos en una buena parte de la literatura sobre el tema. Esta misma función jugará en el presente texto: partiremos de estos principios. Así, tendremos presentes estos presupuestos a lo largo de nuestra arenga, como marcos referenciales que darán contexto y magnitud a lo expuesto.

Hemos acumulado conocimiento e investigaciones en torno a la lectura, sus virtudes y su promoción social, con nuestros sesudos análisis y nuestras avispadadas reflexiones. Sin embargo, a pesar de las afortunadas coincidencias y las fructíferas divergencias, adolecemos de una imperfección que no hemos podido erradicar a pesar de los intentos: el paso del discurso a la práctica, de la teoría a las acciones concretas. Los intentos generados desde la teorización y el estudio, no han podido abrir la puerta que comunica a la cabal transformación de la realidad cotidiana del fenómeno de la lectura. Ésa es una asignatura incumplida —quizá la más sustancial— que aún llevamos a cuestas.

Esta contribución pretende, también desde las fronteras del análisis teórico, indagar sobre algunos aspectos que pueden facilitar la concreción de lo que, hasta la fecha, sólo puede considerarse como una «buena intención lectora». A lo largo del texto se busca explicitar la relación entre el desarrollo en materia de lectura y la «actitud social» que acom-

pañía, facilita o resulta de este desarrollo. Al abordar fenómenos complejos como los que nos ocupan, no podemos más que esbozar una línea de trabajo y reflexión que deberá de ensancharse y profundizarse con la ayuda de otros tiempos y otras mentes: promover una aproximación general al enmarañado tema del fenómeno de la lectura y su interdependencia con el mundo social. Sea ésta, pues, la intención modesta del presente trabajo.



NOTA SOBRE EL ESQUEMA

En esta suma de elementos psicológicos y sociales, encontramos como punto de partida al individuo como ejecutor del acto de leer, a partir del cual se despliegan diferentes niveles hacia el exterior. En la medida en que el individuo se mueva a los círculos próximos y conquiste nuevos niveles, es decir, ponga en juego un mayor número de habilidades y procesos más complejos, se expandirá al mismo tiempo su experiencia, su individualidad. El factor tiempo también se expande a través de los círculos, de manera que los niveles más próximos representan la experiencia inmediata y, los externos, los procesos que resultan de la acumulación temporal en la actividad de la lectura.

II

Está por demás decir que la lectura es un proceso complejo, muy complejo. El conocimiento generado sobre el tema es vasto y el interés por cómo, por qué, cuándo y para qué leemos ha cruzado las fronteras entre los campos profesionales: neurólogos, neuropsicólogos, pedagogos, psicólogos clínicos y sociales, lingüistas, comunicadores, antropólogos, sociólogos, filósofos y fisiólogos se han dedicado al estudio de alguna dimensión del universo de la lectura. No es de extrañarse: el entramado de la lectura engloba e integra procesos igualmente complicados y diversos. Al interior de este campo pueden estudiarse fenómenos tan aparentemente distanciados como la sensopercepción, la memoria, los procesos afectivos, el desarrollo de habilidades cognitivas, la toma de decisiones, la formación de identidades individuales y colectivas, la transmisión de conocimiento y los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Todo este abanico de fenómenos y actividades puestos bajo un mismo denominador, contenidos en un mismo recipiente semántico: leer. Sin afán de simplificar, se muestran en el siguiente esquema algunas dimensiones de la experiencia humana comprometidas en el proceso de lectura.

En consonancia con esta diversidad de «experiencias lectoras» podemos encontrar diferentes concepciones de lectura. Por ejemplo, algunos afirman que la lectura es la habilidad de descifrar letras y signos unidos en forma de palabras, frases y oraciones; también, puede decirse que es un acto de comunicación, en el que el lector reconstruye el sentido de un texto a partir de sus propios conocimientos y experiencias. Uno de los significados, que se encuentra en el diccionario escolar, afirma que leer es descubrir, averiguar o comprender los sentimientos o pensamientos de alguien a partir de ciertos indicios. Para cierto diccionario virtual, leer es pasar la vista por lo escrito o impreso, haciéndose cargo del valor y significación de los caracteres empleados, y pronunciando o no las palabras representadas por estos caracteres. Para alguien más, leer es elegir estar en otra parte. Así pues, el peso semántico de esta palabra evidencia la extravagancia de la actividad de lectura.

Esta fecundidad de significados sobre el acto de leer obedece, en parte, al vínculo obligatorio que la lectura impone entre persona y lenguaje,

entendido este último como un vehículo primordial para la aprehensión del mundo. A través del lenguaje podemos concebir la realidad y, al tiempo que esto sucede, el lenguaje moldea nuestras concepciones de la misma: el lenguaje nos une, como un cordón umbilical, con el mundo. En última instancia, nuestras herramientas cognitivas de aprehensión son en buena parte imágenes y metáforas, que dotan de significado a la experiencia: el pictograma de la palabra china «paz» es una agregación de los signos «techo» y «mujer» (Marina, 1999).

Con la lectura ocurre lo mismo que con otras facultades humanas que usamos desde siempre (las maravillas del lenguaje y de la percepción visual, por ejemplo): es difícil darnos cuenta cabal de su complejidad (Ramírez, 2001). Podríamos afirmar que, al interior del Dispositivo de Adquisición del Lenguaje (DAL) propuesto por Chomsky, está latente un Dispositivo de Adquisición de la Lectura que, en condiciones favorables y con estimulación adecuada, se activa casi automáticamente y permite que la persona se convierta —casi sin darse cuenta— en lectora hábil, y puede llegar a incorporar tanto esta actividad a su vida, que leer se vuelve parte indispensable y gozosa de la experiencia cotidiana.

La cuestión está en que la actividad de leer, una vez puesta en marcha, tiene la capacidad de difuminarse entre las distintas esferas de la experiencia humana, y a menudo así sucede. Como se refiere en el esquema, la experiencia de lectura transita de lo psicológico-íntimo a lo psicológico-social, del individuo a la cultura. En su complejidad, la lectura trasciende por mucho la mera decodificación del signo y se inserta de manera importante en la cultura, sus expresiones y sus medios de transmisión y generación. Por eso, para José Antonio Marina (1999), el rastreo de lecturas y palabras «presenta un aspecto muy similar a la excavaciones arqueológicas que describen las huellas estratificadas de la historia humana, de sus anhelos y sus fracasos, como un fascinante hojaldre cosmogónico».

Es así como resultan naturales las afirmaciones que indican que la lectura no es únicamente un fenómeno cognitivo complejo, sino también un «fenómeno cultural complejo» (Ramírez, 2001); fenómeno que se relaciona con los niveles educativos, las condiciones socioeconómicas, los movimientos culturales, la tradición científica y artística, la difusión del patrimonio intelectual y hasta el esquema de organización social en una determinada comunidad.



III

La lectura del mundo —afirma Freire (1986)— precede siempre a la lectura de la palabra y la lectura de ésta implica la continuidad de la lectura de aquél. En este sentido, es posible afirmar que la «lectura de textos» es la concreción controlada, sistematizada, «tecnologizada» y colectivizada de la experiencia general de la lectura humana.

Para Alberto Manguel (1999), los lectores de libros [...] amplían o concentran una función que nos es común a todos. Leer letras en una página es sólo una de sus muchas formas. El astrónomo que lee un mapa de estrellas que ya no existen; el arquitecto japonés que lee el terreno donde se va a edificar una casa con el fin de protegerla de fuerzas malignas; el zoólogo que lee las huellas de los animales en el bosque; la jugadora de cartas que lee los gestos de su compañero antes de arrojar sobre la mesa el naipe victorioso; el bailarín que lee las anotaciones del coreógrafo y el público que lee los movimientos del bailarín sobre el escenario; el tejedor que lee el intrincado diseño de una alfombra que está fabricando; el organista que lee simultáneamente en la página diferentes líneas de música orquestada; el padre que lee el rostro del bebé buscando señales de alegría, miedo o asombro; el adivino chino que lee las antiguas marcas en el caparazón de una tortuga; el amante que de noche, bajo las sábanas, lee a ciegas el cuerpo de la amada; el psiquiatra que ayuda a los pacientes a leer sus propios sueños desconcertantes; el pescador hawaiano que, hundiendo una mano en el agua, lee las corrientes marinas; el granjero que lee en el cielo el tiempo atmosférico; todos ellos comparten con los lectores de libros la habilidad de descifrar y traducir signos.

La lectura es, pues, además del acto de decodificación de un texto, una postura ante el mundo, una manera de vincularse con lo exterior, con lo demás. «Todos nos leemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea para poder vislumbrar qué somos y dónde estamos. Leemos para entender, o para empezar a entender. No tenemos otro remedio que leer. Leer, casi tanto como respirar, es nuestra función esencial» (Manguel, 1999).

Así, la lectura puede ser concebida, paralelamente a la actividad intelectual de aprehensión del texto, como una forma específica de relacionarse con el entorno cultural y comunitario, y como una gestora de actitud social. El modelo triádico de las actitudes (Morales *et al.*,

1994) nos dice que una actitud está compuesta por tres componentes elementales: el cognitivo, el afectivo y el conductual. El primero consta de las percepciones y la información que la persona posee sobre algo, en este caso, sobre el medio social donde se desenvuelve. El segundo está compuesto por los sentimientos que dicho medio despierta. El tercero se conforma por las tendencias, disposiciones e intenciones que mueven al individuo en su medio social.

Fuera del marco de la lectura exclusiva de textos —pero no desvinculada de él—, podríamos definir a la lectura como una «actitud» de 1) búsqueda, curiosidad, exploración y sed de conocimiento, criticidad y capacidad de interpretación y recreación de la realidad, es decir, participación cognitiva a través de la indagación activa del mundo; 2) diversidad y riqueza de experiencias afectivas, respeto y tolerancia por otras formas de ser y sentir, sensibilidad ante lo que acontece a otros; y 3) una disposición de involucramiento y participación ante los asuntos de la comunidad o contexto, una tendencia o impulso de conducta, de acción.

En general, podríamos decir que existe un conducto, una «vía actitudinal» que une la lectura del texto y la lectura del mundo, una base común que no es universal ni absoluta —sabemos que no todos los lectores comparten las mismas características—, pero que se asocia con ambas lecturas y a menudo las afilia en más de un sentido.

Si se da por sentado que la lectura, además de una suma de actividades cognitivas, puede generar o relacionarse con una actitud social, entonces cabría preguntarse cuáles son las tendencias culturales y sociales que promueven o limitan el desarrollo de la lectura a nivel individual y colectivo.

IV

En una sociedad como la nuestra, donde las vías de comunicación se han vuelto eminentemente mediáticas y la «cultura de la información» ha modificado los sistemas de organización, la lectura y las actitudes que se le asocian se topan con varios obstáculos. La llamada sociedad de la información y sus nuevos medios tecnológicos parecen alentar actitudes, formas de relacionarse con el mundo que en algunos casos entran en conflicto con lo que hemos llamado una actitud lectora.

Para ilustrar esta situación, podemos hacer alusión a algunos aspectos de la creciente sociedad de la información que creemos determinan en parte la actitud que se promueve para relacionarse con el mundo y con los demás. Las expresiones culturales y los sistemas de organización social:

- a) Hacen hincapié en el pragmatismo y el utilitarismo en relación con el contexto. Los objetos culturales y las relaciones sociales se valoran en la medida en que reportan beneficios materiales o sociales. Todo aquello que no es «productivo» no es conveniente, se convierte en inservible o, en el mejor de los casos, en insulso. La lectura, dice Mónica Lavín (2001), no sirve para ganar más dinero, ni siquiera se puede anotar en el currículum: fulano ha leído *La Iliada* y *La Odisea*, *Robinson Crusoe*, *Cien años de soledad* y *Pedro Páramo*. No es una información que se solicite, que se fomente, que tenga precio en el mercado de trabajo. En este sentido, aquellos rasgos que se asocian con la lectura —la imaginación, la curiosidad intelectual, la poesía— son relegados a un plano secundario.
- b) Han fomentado que los procesos de educación —formales e informales— se alejen de las necesidades reales de la sociedad. De esta manera, los procesos de especialización técnica y el academicismo descontextualizado se superponen a la iniciativa de indagación del mundo, a la diversidad de conocimientos y de miradas, a la vinculación entre el mundo académico y el mundo social inmediato. Los participantes del sistema educativo nos preocupamos por edificar puntajes y cumplir criterios metódicos y nos olvidamos de la educación como una forma de crecimiento personal y de participación política.
- c) Han facilitado la monopolización de las culturas audiovisuales y, como consecuencia, han establecido nuevas formas de aproximación a la información y de construcción de conocimiento que comúnmente exigen menos participación y actividad por parte del lector y ofrecen menos margen de maniobra intelectual.
- d) Formatos rígidos y verticales de organización social, donde se deposita poco valor al diálogo, al debate, a la toma de decisiones colectiva y la generación alternativa de canales de comunicación e información, donde se favorece el trabajo individual, la parcelación de las tareas, la concentración de decisiones en grupos cerrados y la pasividad de un buen número de participantes en dichas organizaciones.

Estos factores, entre otros, característicos de las nuevas formas de organización social, parecen no fomentar un clima social de lectura, a través de influencias directas e indirectas. Obstaculizan la generación de procesos y actitudes asociados con la lectura: el constante cuestionamiento, la facultad dinámica del conocimiento y la participación activa en la comprensión del mundo. ¿Debemos entonces trazar un paralelismo entre el cambio social y la generación de las condiciones que promueven la lectura?

V

La lectura, como el resto de los fenómenos culturales, está inscrita y determinada por un contexto histórico y sociocultural, por un modelo de organización social. Las prácticas y los hábitos de lectura, sus formas de promoción y difusión, y su manera de incorporación a la vida comunitaria, responden a un orden social que le atribuye —tácita o explícitamente— valores y funciones específicas.

De aquí se intuye que, para modificar los hábitos de lectura, debemos, paralelamente, configurar los espacios sociales, para que coincidan con los fines del lector. El ámbito educativo donde se favorece la memorización por encima de la criticidad y la creatividad; el laboral, que fomenta una cultura utilitaria y de «meritocracia» (utilizando el término de Argüelles); y el institucional, donde se generan estructuras rígidas, que no permiten el juego, la duda, la participación activa; vuelven infértil el campo donde ha de sembrarse la semilla de la lectura y la condenan a crecer en una especie de desierto.

De manera inversa, se ha dicho en repetidas ocasiones que la lectura desempeña un papel fundamental en la transformación social e individual; a través de ella, los colectivos y las personas adquieren herramientas para transformar la sociedad y para generar desarrollo y autonomía. Sucede entonces que el fomento de la lectura transita por la transformación del mundo y viceversa; la lectura es generadora de procesos de transformación.

Así pues, la tarea es doble, tiene dos caras, pero participa de un sentido común, y cualquier intento masivo y enérgico de transformación tendrá que buscar afiliar ambas caras, que se han disociado para los ojos distraídos, pero que en el fondo guardan una relación unívoca. ☒

BIBLIOGRAFÍA

- ARGÜELLES, J., *¿Qué leen los que no leen? El poder inmaterial de la lectura, la tradición literaria y el hábito de leer*, Paidós, México, 2003
- _____, *Leer es un camino. Los libros y la lectura: del discurso autoritario a la mitología bienintencionada*, Paidós, México, 2004
- FREIRE, P., *La importancia del acto de leer*, Siglo XXI Editores, México, 1986
- LAVÍN, M., *Leo, luego escribo*, Lectorum, México, 2001
- MANGUEL, A., *Una historia de la lectura*, Norma, Bogotá, 1999
- MARINA, J., y M. López, *Diccionario de los sentimientos*, Anagrama, Barcelona, 1999
- MORALES, J., *et al.*, *Psicología social*, McGraw Hill, Madrid, 1994
- PETIT, M., *Nuevos acercamientos de los jóvenes a la lectura*, SEP, México, 1999
- RAMÍREZ, E., «La lectura en la sociedad contemporánea», *Investigación Bibliotecológica*, 15, 2001

FRANCISCO ANTAR MARTÍNEZ GUZMÁN es catedrático en la Facultad de Psicología de la Universidad de Colima. Ha publicado poemas, ensayos, artículos y traducciones en medios locales y nacionales. Ha sido miembro y coordinador de diversos talleres literarios y participado en actividades de fomento y promoción de la lectura. Es autor de la investigación en desarrollo *Significado psicológico de lectura en estudiantes universitarios* y, actualmente, coproduce el programa radiofónico de música y literatura *Parolicias* (*martinez@ucol.mx*)

(Recepción: 17-06-07. Aceptación: 02-09-07)